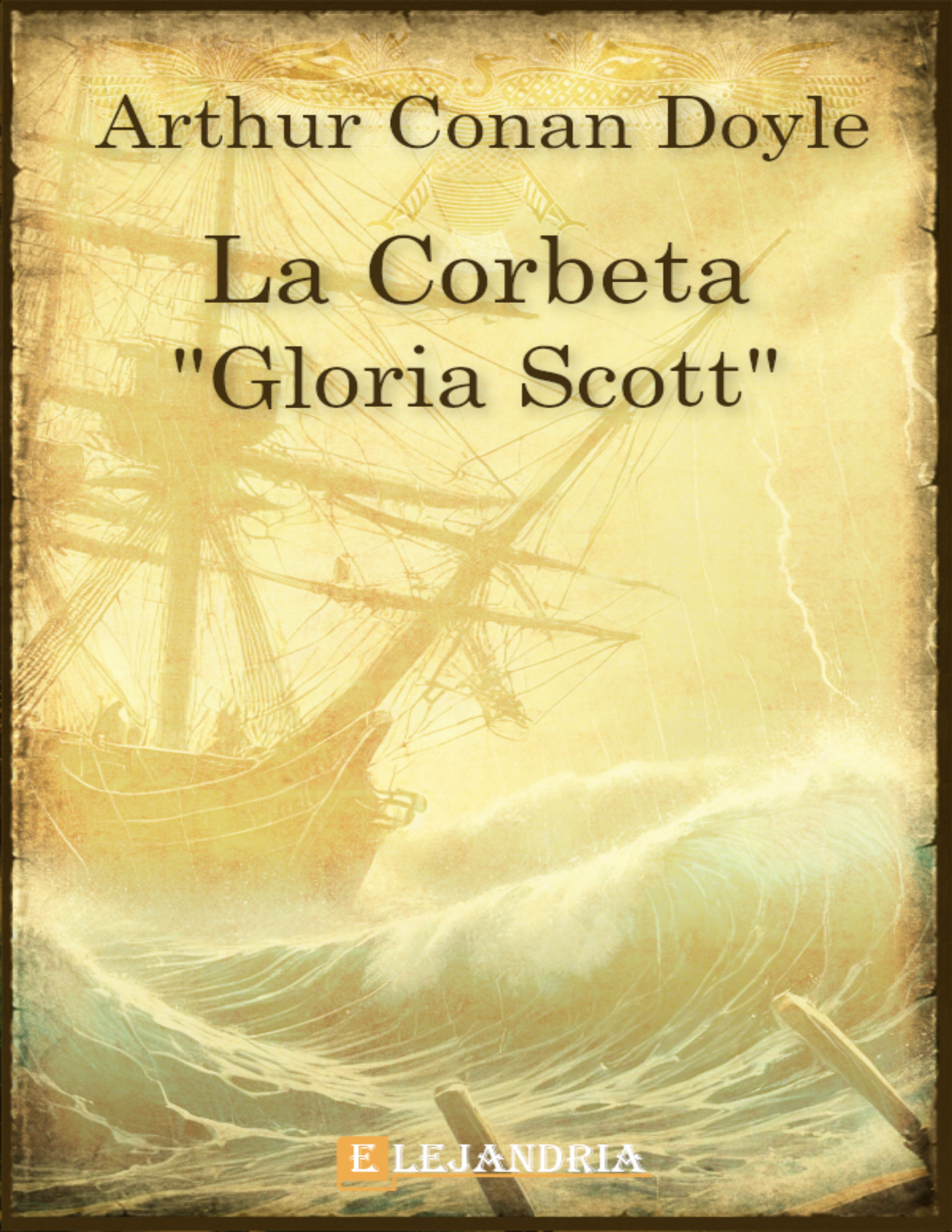




Arthur Conan Doyle

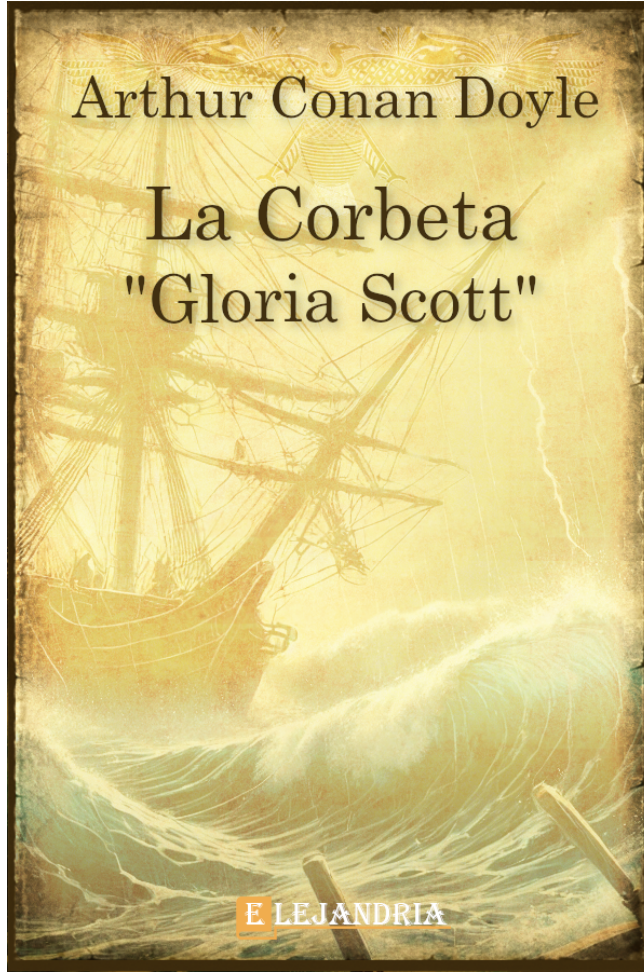
La Corbeta
"Gloria Scott"

E LEJANDRIA

Arthur Conan Doyle

La Corbeta
"Gloria Scott"

E LEJANDRIA



LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LA CORBETA "GLORIA SCOTT"

ARTHUR CONAN DOYLE

PUBLICADO: 1893

FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG

EDICIÓN: A. L. BURT, NEW YORK, 1894

TRADUCTOR: ELEJANDRÍA



LA CORBETA "GLORIA SCOTT"

"Tengo unos papeles aquí", dijo mi amigo Sherlock Holmes, mientras nos sentábamos una noche de invierno a cada lado del fuego, "que creo, Watson, que te valdrá la pena ojear. Estos son los documentos del extraordinario caso de la Gloria Scott, y éste es el mensaje que dejó al Juez de Paz Trevor paralizado de horror al leerlo."

Había sacado de un cajón un pequeño cilindro ennegrecido, y, deshaciendo la cinta, me entregó una breve nota garabateada en medio folio de papel gris pizarra.

"El suministro de caza para Londres está subiendo constantemente", decía. "Se cree que al encargado principal, Hudson, se le ha ordenado recibir todos los pedidos de papel trampa para moscas y de conservación de la vida de tu gallo-faisán."

Al levantar la vista tras leer este enigmático mensaje, vi a Holmes soltar una risa contenida al observar la expresión de asombro en mi rostro.

—Te veo un poco desconcertado —dijo.

—No logro entender cómo un mensaje así puede inspirar horror. Me parece más grotesco que otra cosa.

—Muy probablemente. Sin embargo, el hecho es que el lector, que era un robusto y apuesto anciano, se desplomó de un golpe, como si le hubieran dado con la culata de una pistola.

—Has despertado mi curiosidad —dije—. Pero, ¿por qué dijiste hace un momento que había razones muy particulares por las que debía estudiar este caso?

—Porque fue el primero en el que estuve involucrado.

Había intentado en muchas ocasiones extraer de mi compañero aquello que primero inclinó su mente hacia la investigación criminal, pero nunca lo había pillado en un humor tan comunicativo. Ahora se inclinó hacia adelante en ese sillón y dispuso los documentos sobre sus rodillas. Luego encendió su pipa y se sentó un rato fumando y pasándolos una y otra vez por las manos.

—¿Nunca te hablé de Víctor Trevor? —preguntó—. Fue el único amigo que hice durante los dos años que estuve en el colegio. Yo nunca fui un tipo muy sociable, Watson, siempre algo aficionado a deambular en mis habitaciones y a idear mis propios métodos de pensamiento, por lo que casi no me relacioné con los muchachos de mi edad. La esgrima y el boxeo no me llamaban para nada la atención atlética, y además mi línea de estudios era muy distinta a la de los demás, de modo que no teníamos nada en común. Trevor fue el único hombre que conocí, y eso solo por el accidente de que su bulldog terrier se adhiriera a mi tobillo una mañana mientras me dirigía a la capilla.

—Fue una forma prosaica de entablar amistad, pero resultó eficaz. Estuve mal por diez días, pero Trevor solía venir a preguntar por mí.

Al principio era solo un minuterero saludo, pero pronto sus visitas se alargaron, y antes de acabar el curso nos hicimos muy buenos amigos. Era un tipo vigoroso, de sangre caliente, lleno de energía, todo lo opuesto a mí en muchos aspectos, pero compartíamos algunos intereses, y fue un vínculo de unión el descubrir que él estaba tan desamparado como yo. Finalmente, me invitó a su casa paterna en Donnithorpe, en Norfolk, y acepté su hospitalidad por un mes de las largas vacaciones.

—El viejo Trevor era evidentemente un hombre de cierta fortuna y consideración, un J.P. y terrateniente. Donnithorpe es un pequeño caserío al norte de Langmere, en el país de los Broads. La casa era un edificio de ladrillo de corte antiguo, amplio, con vigas de roble, y una bonita avenida flanqueada de cal que conducía hasta ella. Había una excelente caza de patos silvestres en los pantanos, una pesca sorprendentemente buena, una pequeña pero selecta biblioteca, que según me contó, había sido heredada de un antiguo ocupante, y un cocinero bastante competente, de modo que era un sitio en el que se podía pasar un mes agradable, para un hombre exigente.

—Trevor senior era viudo, y mi amigo, su único hijo.

—Se había tenido una hija, oí decir, pero había muerto de difteria durante una visita a Birmingham. El padre me interesaba sobremanera. Era un hombre de escasa cultura, pero con una considerable fuerza ruda, tanto física como mental. Apenas conocía de libros, pero había viajado mucho, visto gran parte del mundo. Y recordaba todo lo aprendido. En persona era un hombre fornido y macizo, con una cresta de pelo canoso, un rostro moreno y curtido por el tiempo, y unos ojos azules tan penetrantes que rayaban en la ferocidad. Sin embargo, gozaba de fama por su bondad y caridad en el campo, y se le reconocía por la clemencia de sus sentencias desde el estrado.

—Una tarde, poco después de mi llegada, estábamos sentados con una copa de oporto tras la cena, cuando el joven Trevor empezó a hablar de esos hábitos de observación e inferencia que ya había configurado en un sistema, aunque aún no había comprendido el

papel que iban a jugar en mi vida. El anciano evidentemente pensó que su hijo exageraba al describir uno o dos trucos triviales que yo había realizado.

—“Anda, señor Holmes —dijo riendo con buena voluntad—, soy un excelente sujeto, si de mí puedes deducir algo.”

—“Temo que no hay mucho —respondí—; podría sugerir que has andado temeroso de algún ataque personal en el último año.”

La risa se desvaneció de sus labios, y me miró con gran sorpresa.

—“Bueno, es verdad,” dijo, “¿sabes, Víctor —dirigiéndose a su hijo—, cuando desmantelamos aquella banda de furtivos juraron apuñalarnos, y el señor Edward Holly fue incluso agredido. Desde entonces siempre he estado en alerta, aunque no tengo idea de cómo lo supiste.”

—“Tienes un bastón muy elegante —respondí—. Por la inscripción noté que no lo tenías más de un año. Pero te has tomado la molestia de perforar la cabeza y verter plomo fundido en el agujero para convertirlo en un arma formidable. Argumenté que no tomarías tales precauciones a no ser que tuvieras algún peligro que temer.”

—“¿Algo más?” preguntó sonriendo.

—“Boxeaste bastante en tu juventud.”

—“Bien visto. ¿Cómo lo supiste? ¿Acaso se te ha desviado un poco la nariz?”

—“No —dije—. Son tus orejas. Tienen ese aplanamiento y engrosamiento característico del hombre que boxea.”

—“¿Algo más?”

—“Te has ganado mucho excavando por culpa de tus callosidades.”

—“Todo mi dinero lo hice en los campos del oro.”

—“Has estado en Nueva Zelanda.”

—“Exacto.”

—“Has visitado Japón.”

—“Completamente cierto.”

—“Y has estado muy íntimamente ligado a alguien cuyas iniciales eran J. A., a quien luego te mostraste ansioso por olvidar por completo.”

El señor Trevor se levantó lentamente, fijó sus grandes ojos azules en mí con una mirada extrañamente salvaje, y luego se desplomó, con la cara entre las cáscaras de nuez que decoraban el mantel, en un desmayo repentino.

Podéis imaginar, Watson, lo impactados que quedamos tanto su hijo como yo. Sin embargo, el ataque no duró mucho, pues al desabrocharle el cuello y esparcir el agua de uno de los vasos sobre su cara, soltó unos jadeos y se incorporó.

—“Ah, muchachos —dijo forzando una sonrisa—, espero no haberles asustado. Por más fuerte que parezca, hay un punto débil en mi corazón, y no se necesita mucho para derribarme. No sé cómo lo haces, señor Holmes, pero me parece que todos los detectives, tanto de hechos como de fantasía, serían niños a tus manos. Esa es tu vocación, señor, y puedes confiar en la palabra de un hombre que ha visto algo del mundo.”

Y esa recomendación, con la exagerada estima de mi habilidad con la que la precedió, fue, si me creéis, Watson, la primera vez que sentí que se podía hacer de esta profesión algo más que un mero pasatiempo. En ese momento, sin embargo, estaba demasiado preocupado por la repentina enfermedad de mi anfitrión como para pensar en otra cosa.

—“Espero no haber dicho nada que te cause pena, ¿verdad?” —pregunté.

—“Bueno, ciertamente has tocado un punto delicado. ¿Puedo preguntarte cómo sabes y cuánto sabes?” Ahora habló en tono medio en broma, pero aún se asomaba un destello de terror en lo profundo de sus ojos.

—“Es algo de lo más simple —dije—. Cuando descubriste tu brazo para sacar ese pez al bote vi que en el codo había tatuadas las siglas J. A. Las letras seguían legibles, pero era muy claro por su aspecto borroso y por la mancha en la piel circundante que se había intentado borrarlas. Quedó patente, pues, que aquellas iniciales te eran muy familiares, y que después habías querido olvidarlas.”

—“¡Qué ojo tienes!” exclamó, soltando un suspiro de alivio. “Es tal y como dices. Pero no hablemos de ello. De todos los fantasmas, los de nuestros viejos amores son los peores. Ven a la sala de billar y toma un cigarro tranquilo.”

Desde aquel día, a pesar de su cordialidad, siempre se notó en el modo de actuar del señor Trevor cierta sospecha hacia mí. Incluso su hijo lo comentó.

—“Le has dado tal vuelta al gobernador,” dijo, “que ya nunca sabrá bien qué es lo que sabes y qué no.”

No quiso mostrarlo, estoy seguro, pero era tan patente en su mente que se notaba en cada acción. Finalmente, llegué a estar tan convencido de que le causaba molestia que decidí acortar mi visita. Sin embargo, ese mismo día, antes de marcharme, ocurrió un suceso que resultó ser importante más adelante.

Estábamos sentados en el césped, en sillas de jardín, los tres, tomando el sol y admirando la vista de los BROADS, cuando una criada salió a decirnos que había un hombre en la puerta que quería ver al señor Trevor.

—“¿Cómo se llama?” preguntó mi anfitrión.

—“No quiso darme su nombre.”

—“¿Qué quiere, entonces?”

—“Dice que lo conoce y que solo desea unos instantes de conversación.”

—“Háblelo por aquí.” Al instante apareció un pequeño tipo encorvado, con un aspecto arrugado y un andar tambaleante. Vestía

una chaqueta abierta, con una mancha de alquitrán en la manga, una camisa a cuadros en rojo y negro, pantalones de peto y unas botas pesadas muy desgastadas. Su cara era delgada, morena y astuta, con una sonrisa perpetua que dejaba ver una hilera irregular de dientes amarillos, y sus manos arrugadas estaban medio cerradas, de un modo característico de los marineros. Al cruzar el césped de forma encorvada oí al señor Trevor emitir un ruido parecido a un hipo en la garganta, y saltando de su silla, corrió hacia la casa. Volvió en un instante, y al pasar junto a mí desprendía un fuerte hedor a brandy.

—“Bueno, hombre —dijo—, ¿en qué puedo servirte?”

El marinero se quedó mirándolo con los ojos achinados y con la misma sonrisa de labios sueltos en el rostro.

—“¿No me conoce?” preguntó.

—“¡Vaya, caramba, debe ser Hudson!” dijo el señor Trevor con tono sorprendido.

—“Es Hudson, señor. ¡Hace más de treinta años que no le veía! Aquí está usted en su casa, y yo sigo sacando mi carne salada del tonel de arnés.”

—“¡Ay, ya verás que yo no he olvidado los viejos tiempos!” exclamó el señor Trevor, y, acercándose al marinero, dijo algo en voz baja. —“Vete a la cocina” —continuó en voz alta—, “y allí encontrarás comida y bebida. No tengo duda de que te conseguiré un puesto.”

—“Gracias, señor” dijo el marinero, apartándose un mechón de la frente. “Vengo de un viaje de dos años en un tráiler de ocho nudos, con escasa tripulación, y necesito un descanso. Pensé en conseguirlo o con el señor Beddoes o con usted.”

—“¡Ah!” exclamó Trevor. “¿Sabe usted dónde está el señor Beddoes?”

—“Dios le bendiga, señor, sé dónde están todos mis viejos amigos”, dijo el tipo con una sonrisa siniestra, y se desplomó tras la

criada rumbo a la cocina. El señor Trevor murmuró algo acerca de haber sido compañero de barco del hombre cuando se dirigía de regreso a las minas, y luego, dejándonos en el césped, entró en la casa. Una hora más tarde, al entrar, lo encontramos desplomado, completamente ebrio, sobre el sofá del comedor. Todo el incidente dejó en mí una impresión muy desagradable, y al día siguiente no me dolió dejar atrás Donnithorpe, pues sentí que mi presencia era causa de vergüenza para mi amigo.

Todo esto ocurrió durante el primer mes de las largas vacaciones. Subí a mis aposentos en Londres, donde pasé siete semanas realizando algunos experimentos de química orgánica. Un día, sin embargo, cuando el otoño estaba avanzado y las vacaciones a punto de concluir, recibí un telegrama de mi amigo suplicándome que regresara a Donnithorpe, y diciendo que necesitaba enormemente mi consejo y asistencia. Por supuesto, lo dejé todo y volví hacia el Norte una vez más.

Me encontré en la estación con el coche de perro, y a simple vista noté que los dos últimos meses le habían sido muy duros. Había adelgazado, estaba preocupado, y había perdido el carácter ruidoso y jovial por el que se le conocía.

—“El gobernador está muriendo”, fueron las primeras palabras que dijo.

—“¡Imposible!” exclamé. “¿Qué ocurre?”

—“Apoplejía. Shock nervioso. Ha estado al borde todo el día. Dudo que lo encontremos con vida.”

Como podéis imaginar, Watson, me horrorizó esta noticia inesperada.

—“¿Qué lo ha provocado?” pregunté.

—“Ah, ahí radica el asunto. Súbete al coche y lo discutimos mientras conducimos. ¿Recuerdas al tipo que vino la noche anterior, justo antes de que te marcharas?”

—“Perfectamente.”

—“¿Sabes quién fue al que dejamos entrar en la casa ese día?”

—“No tengo la menor idea.”

—“Fue el mismísimo diablo, Holmes”, exclamó.

Lo miré atónito.

—“Sí, fue el mismísimo diablo. Desde entonces no hemos tenido ni una hora de paz. El gobernador no ha vuelto a levantar la cabeza desde aquella tarde, y ahora la vida se le ha escapado y el corazón se le ha roto, todo por culpa de ese maldito Hudson.”

—“¿Qué poder tenía, entonces?”

—“Ah, eso es lo que daría por saber. El bondadoso, caritativo, buen viejo gobernador... ¡Cómo pudo caer en las garras de un rufián así! Pero me alegro de que hayas venido, Holmes. Confío plenamente en tu juicio y discreción, y sé que me aconsejarás lo mejor.”

Avanzábamos a toda prisa por la lisa carretera rural, con el extenso paisaje de los Broads brillando con la luz roja del sol poniente. Desde un bosquecillo a nuestra izquierda ya distinguía las altas chimeneas y el asta de bandera que señalaban la residencia del terrateniente.

—“Mi padre hizo de jardinero al tipo” dijo mi compañero, “y luego, al no contentarse con ello, lo ascenderon a mayordomo. La casa parecía estar a su merced, y él andaba por ahí haciendo lo que le daba la gana. Las criadas se quejaban de sus hábitos de borrachera y de su lenguaje soez. El viejo les subió el sueldo a todas para compensarles la molestia. El hombre se llevaba el bote y la mejor pistola de mi padre para darse sus jueguitos de tiro. Y todo eso con una cara tan insolente, burlona y altanera que yo lo habría derribado veinte veces si hubiese sido de mi edad. Te digo, Holmes, que tuve que contenerme a pulso todo este tiempo; y ahora me pregunto si, de haberme soltado un poco más, habría sido un hombre más sabio.”

—“Pues, las cosas fueron de mal en peor con nosotros, y ese maldito Hudson se volvió cada vez más entrometido, hasta que, un día, al responder con insolencia a mi padre en mi presencia, lo agarré por los hombros y lo eché de la habitación. Se alejó arrastrando la cara, con dos ojos venenosos que amenazaban más de lo que su lengua podía, yo no sé, soltar. No sé qué ocurrió entre el pobre viejo y él después de eso, pero al día siguiente mi padre se me acercó y me preguntó si me importaría disculparme con Hudson. Me negué, como podéis imaginar, y le pregunté a mi padre cómo podía permitir a un desgraciado tomar semejante libertad con él y su casa.”

—“Ah, muchacho —dijo él—, hablar está bien, pero no sabes en qué situación me encuentro. Pero lo sabrás, Víctor. Me aseguraré de que sepas, pase lo que pase. No creerías el daño que ha hecho tu pobre padre, ¿verdad, chaval?”

Se emocionó sobremanera y se encerró en el estudio durante todo el día, donde pude ver por la ventana que escribía con afán.

—“Esa tarde llegó lo que me pareció un gran alivio, pues Hudson nos dijo que se iba a marchar. Entró al comedor mientras estábamos sentados después de cenar y anunció su decisión con la voz espesa de un medio borracho.”

—“Ya he tenido suficiente de Norfolk’, dijo. ‘Me bajaré hasta ver al señor Beddoes en Hampshire. Seguro que él estará tan contento de verme como ustedes, me atrevo a decir.’”

—“Espero, Hudson, que no te vayas con rencor’ —dijo mi padre con una cortesía que hizo hervir mi sangre.”

—“Aún no he tenido mi ‘disculpa’ —respondió él malhumorado, echando un vistazo en mi dirección.”

—“Víctor, tendrás que reconocer que has tratado a este buen hombre de forma bastante brusca’ —dijo el viejo, dirigiéndose a mí.”

—“Al contrario, creo que ambos hemos mostrado una paciencia extraordinaria con él’ —contesté.”

—“¡Ah, sí, sí, verdad, eh!” —gruñó—. “¡Muy bien, colega! ¡Ya veremos!”

Salió encorvado de la habitación, y media hora después abandonó la casa, dejando a mi padre en un estado de nerviosismo lamentable. Noche tras noche lo oí pasearse por su habitación, y justo cuando parecía recobrar la confianza, el golpe final llegó.

—“¿Y cómo?” pregunté ansiosamente.

—“De la manera más extraordinaria. Ayer por la tarde llegó una carta para mi padre, con el matasellos de Fordingbridge. Al leerla, mi padre se tapó la cabeza con ambas manos y empezó a dar vueltas por la habitación como un hombre que ha perdido el juicio. Cuando finalmente logré sentarlo en el sofá, vi que su boca y sus párpados estaban contraídos hacia un lado, y comprendí que había sufrido un derrame. El doctor Fordham acudió enseguida. Lo pusimos en cama; pero la parálisis se ha extendido, no ha mostrado señales de recobrar la conciencia, y creo que difícilmente lo encontraremos con vida.”

—“¡Me horroriza, Trevor!” exclamé. “¿Qué podría haber en esa carta para causar semejante efecto?”

—“Nada. Ahí reside la parte inexplicable de todo. El mensaje era absurdo y trivial. ¡Ay, Dios mío, es justamente lo que temía!”

Mientras hablaba, llegamos a la curva de la avenida, y a la luz menguante vi que todas las persianas de la casa estaban corridas. Al acercarnos a la puerta, el rostro de mi amigo se convulsionó de dolor, y un caballero de traje negro salió de ella.

—“¿Cuándo ocurrió, doctor?” preguntó Trevor.

—“Casi inmediatamente después de que te marcharas.”

—“¿Recobró la conciencia?”

—“Por un instante, antes del final.”

—“¿Algún mensaje para mí?”

—“Solo que los papeles estaban en el cajón trasero del gabinete japonés.”

Mi amigo subió con el doctor a la cámara de la muerte, mientras yo me quedé en el estudio, dándole vueltas a todo el asunto, sintiéndome tan sombrío como nunca en mi vida. ¿Cuál fue el pasado de este Trevor, boxeador, viajero y buscador de oro, y cómo se puso en manos de ese marinero de rostro corrosivo? Además, ¿por qué se desmayaba al oír alusión a las iniciales medio borradas en su brazo y moría de susto al recibir una carta de Fordingbridge? Entonces recordé que Fordingbridge está en Hampshire, y que ese tal señor Beddoes, a quien el marinero había ido a visitar y presumiblemente extorsionar, también se mencionó como residente de Hampshire. La carta, pues, podría provenir de Hudson, el marinero, diciendo que había revelado el secreto culpable, o bien de Beddoes, advirtiéndole a un viejo cómplice que se avecinaba una traición. Hasta aquí parecía claro. Pero, ¿cómo podía ser que esa carta resultara trivial y grotesca, como la describía el hijo? Debe haberla leído mal. Si es así, ha de tratarse de uno de esos ingeniosos códigos secretos que significan una cosa mientras aparentan significar otra. Debo ver esa carta. Si en ella hubiera un significado oculto, estoy seguro de que lo extraería. Durante una hora estuve meditando en la penumbra sobre ella, hasta que por fin una criada llorosa trajo una lámpara, y, justo detrás de ella, apareció mi amigo Trevor, pálido pero sereno, con esos mismos papeles que ahora reposan sobre mi rodilla, aferrados a sus manos. Se sentó frente a mí, acercó la lámpara al borde de la mesa y me entregó una breve nota garabateada, como veis, en una sola hoja de papel gris. “El suministro de caza para Londres está subiendo constantemente”, decía. “Se cree que al encargado principal, Hudson, se le ha ordenado recibir todos los pedidos de papel trampa para moscas y de conservación de la vida de tu gallo-faisán.”

Seguro que mi rostro se mostró tan desconcertado como el tuyo cuando por primera vez leí ese mensaje. Entonces lo releí con sumo cuidado. Evidentemente era, como había pensado, y debía haber un significado secreto enterrado en esa extraña combinación de

palabras. ¿O podría ser que hubiera un significado preestablecido a frases como “papel trampa para moscas” y “gallo-faisán”? Tal significado sería arbitrario y no se podría deducir de ningún modo. Y, sin embargo, me rehusaba a creer que fuera así, y la presencia de la palabra Hudson parecía indicar que el asunto del mensaje era, como yo había adivinado, y que provenía de Beddoes y no del marinero. Lo intenté al revés, pero la combinación “vida faisán gallo” no era alentadora. Luego probé con palabras alternas, pero ni “el de para” ni “suministro caza Londres” prometían arrojar luz sobre el asunto.

Y, en un instante, la clave del enigma estuvo en mis manos, y vi que cada tercera palabra, empezando por la primera, daría un mensaje que bien podría haber sumido al viejo Trevor en la desesperación.

Era corto y conciso, la advertencia, tal como se la leí a mi compañero ahora:

“El juego se acabó. Hudson lo ha dicho todo. ¡Corre por tu vida!”

Víctor Trevor hundió la cara entre las manos temblorosas.

—“Supongo que debe ser eso. Esto es peor que la muerte, pues significa también desgracia. Pero, ¿qué significan ‘encargados’ y ‘gallo-faisán’?”

—“No significan nada en el mensaje, pero podrían significar mucho para nosotros si nouviésemos otro modo de descubrir al remitente. Ve que ha empezado escribiendo ‘El... juego... se’, y así sucesivamente. Luego, para cumplir con el cifrado preestablecido, tuvo que rellenar con dos palabras cualesquiera en cada hueco. Naturalmente usaría las primeras palabras que se le ocurrieran, y si tantas de ellas tienen relación con el deporte, puedes estar bastante seguro de que es o un apasionado tirador o un aficionado a la cría. ¿Sabes algo de ese Beddoes?”

—“Ahora que lo mencionas —dijo él—, recuerdo que mi pobre padre solía tener una invitación de él para ir a cazar en sus reservas cada otoño.”

—“Entonces, sin duda, es de él de quien procede la nota”, dije. “Solo nos queda averiguar cuál era ese secreto que el marinero Hudson parece tener sobre estos dos hombres tan ricos y respetados.”

—“¡Ay, Holmes, temo que se trata de uno de pecado y vergüenza!” exclamó mi amigo. “Pero de ti no tendré secretos. Aquí tienes la declaración que mi padre redactó cuando supo que el peligro procedente de Hudson era inminente. La encontré en el gabinete japonés, como él le dijo al doctor. Tómala y léemela, que yo no tengo la fuerza ni el valor para hacerlo yo mismo.”

Estos son, Watson, los mismos papeles que me entregó, y se los leeré como los leí aquella noche en el viejo estudio. Están rubricados en el exterior, como veis: “Algunos detalles del viaje del bergantín Gloria Scott, desde su salida de Falmouth el 8 de octubre de 1855, hasta su destrucción en N. Lat. 15° 20′, W. Long. 25° 14′, el 6 de noviembre.” Está en forma de carta y se lee así:

“Querido, querido hijo: Ahora que la inminente deshonra empieza a oscurecer los últimos años de mi vida, puedo escribir con toda verdad y honradez que no es el terror de la ley, ni la pérdida de mi posición en el condado, ni mi caída a los ojos de quienes me han conocido, lo que me hiere el corazón; sino la idea de que llegues a avergonzarte de mí —tú que me amas y que espero jamás hayas tenido motivo de hacerme otro juicio que el de respetarme. Mas si cayere el golpe que siempre pende sobre mí, desearía que leyeras esto, para que sepas por mí mismo hasta qué punto he sido culpable. En cambio, si todo transcurre bien (¡que Dios Todopoderoso lo quiera!), y por alguna casualidad este papel se encontrase aún sin destruir y llegase a tus manos, te conjuro, por todo lo que consideras sagrado, por la memoria de tu querida madre y por el amor que nos unió, a arrojarlo al fuego y a no volver a pensar en él jamás.

“Si, entonces, tus ojos continúan leyendo estas líneas, sabré que ya me habrán descubierto y sacado de mi hogar, o, como es más probable, porque bien sabes que mi corazón es débil, por yacer con

mi lengua sellada para siempre en la muerte. En cualquier caso, ha pasado el tiempo de la represión, y cada palabra que te digo es la pura verdad, y lo juro con la esperanza de obtener clemencia.

“Mi nombre, querido muchacho, no es Trevor. Yo fui James Armitage en mi juventud, y ahora entenderás el sobresalto que me dio, hace unas semanas, que tu amigo de la universidad se dirigiera a mí con palabras que parecían insinuar que había descubierto mi secreto. Como Armitage fue con quien entré en una casa bancaria en Londres, y como Armitage fui condenado por infringir las leyes de mi país y sentenciado a la transportación. No me juzgues severamente, chiquillo. Fue una deuda de honor, por así llamarla, que tuve que pagar, y usé dinero que no me pertenecía, con la certeza de poder reponerlo antes de que hubiera posibilidad de que se notase la falta. Pero la peor de las desgracias me siguió. El dinero que había calculado jamás llegó, y un prematuro examen de cuentas descubrió mi déficit. El asunto pudo haberse tratado con indulgencia, pero las leyes se aplicaban con mayor severidad hace treinta años que en la actualidad, y en mi vigésimo tercer cumpleaños me vi encadenado como delincuente junto a otros treinta y siete convictos en los entrecubiertas del bergantín Gloria Scott, con destino a Australia.

“Era el año '55, cuando la Guerra de Crimea estaba en su apogeo, y los viejos barcos de convictos se usaban ampliamente como transportes en el Mar Negro. El gobierno se vio, por tanto, obligado a utilizar naves más pequeñas y menos adecuadas para enviar a sus prisioneros. La Gloria Scott había estado en el comercio del té chino, pero era una nave anticuada, de proa pesada y de gran eslora, y los nuevos clipper la habían dejado obsoleta. Era un barco de quinientos toneladas; y, además de sus treinta y ocho reclusos, llevaba veintiséis tripulantes, dieciocho soldados, un capitán, tres oficiales, un doctor, un capellán y cuatro vigilantes. Éramos, en total, casi cien almas cuando zarpamos de Falmouth.

“Los tabiques entre las celdas de los convictos, en lugar de ser de grueso roble, como es habitual en los barcos de convictos, eran

bastante delgados y frágiles. El hombre que estaba junto a mí, en la parte de popa, fue uno que me llamó especialmente la atención cuando nos llevaron al muelle. Era un joven de rostro claro y sin vello, de nariz larga y delgada, y con unas mandíbulas que parecían de cascanueces. Llevaba la cabeza muy erguida, andaba con un porte altivo, y, sobre todo, era notable por su extraordinaria estatura. No creo que ninguno de nosotros alcanzara su hombro, y estoy seguro de que medía, al menos, seis pies y medio. Era extraño, entre tantos rostros tristes y fatigados, ver uno lleno de energía y determinación. Me alegré entonces de descubrir que era mi vecino, y me alegré aún más cuando, en plena noche, oí un susurro cerca de mi oído y vi que había logrado cortar una abertura en la tabla que nos separaba.

—“¡Hola, amigo!” dijo él. “¿Cómo te llamas y para qué estás aquí?”

Yo le respondí, y a mi vez le pregunté con quién hablaba.

—“Soy Jack Prendergast”, dijo, “¡y por Dios! Aprenderás a bendecir mi nombre antes de que termines conmigo.”

Recordé haber oído hablar de su caso, pues había causado una inmensa sensación en todo el país algo antes de mi propia detención. Era un hombre de buena familia y gran capacidad, pero de vicios incurables, que mediante un ingenioso sistema de fraude había obtenido enormes sumas de dinero de los principales comerciantes de Londres.

—“¡Ja, ja! ¿Recuerdas mi caso?” dijo él con orgullo.

—“Muy bien, en efecto.”

—“¿Entonces acaso recuerdas algo extraño al respecto?”

—“¿Qué fue eso, entonces?”

—“¿Acaso no tuve casi un cuarto de millón?”

—“Así se decía.”

—“¿Pero nada se recuperó, verdad?”

—“No.”

—“Pues, ¿dónde crees que está el remanente?” preguntó.

—“No tengo idea”, contesté.

—“¡Justo entre mi dedo y mi pulgar! ¡Por Dios! Tengo más libras a mi nombre que pelos en tu cabeza. Y si tienes dinero, hijo, y sabes manejarlo y gastarlo, puedes lograr cualquier cosa. Ahora, no te imaginas que un hombre capaz de cualquier cosa se va a desgastar sentado en la asquerosa bodega de un viejo cascarón de coasta china, repleto de ratas y escarabajos. No, señor, ese hombre se cuidará a sí mismo y cuidará a sus amigos. ¡Puedes apostar!”

—Esa era su forma de hablar, y al principio pensé que no significaba nada; pero después de un rato, cuando me examinó y me hizo jurar solemnemente de todas las maneras, me dejó entender que en verdad había un complot para apoderarse de la nave. Una docena de los prisioneros lo habían tramado antes de abordar; Prendergast era el líder, y su dinero era la fuerza motriz.

—“Yo tenía un socio —dijo él—, un hombre de verdad, tan fiel como una barraca a un tonel. ¡Tiene sus dotes, sí, y adivina dónde está en este momento? ¡Pues es el capellán de este barco, nada menos! Subió a bordo con un abrigo negro, con sus papeles en regla, y con dinero suficiente en su arca para comprarlo desde la quilla hasta el mástil mayor. La tripulación es suya, cuerpo y alma. Podría comprarlos a un precio increíble con un descuento en efectivo, y lo hizo incluso antes de que ellos se incorporaran. Tiene a dos de los vigilantes y a Mereer, el segundo oficial, y se llevaría al propio capitán, si lo considerase valioso.”

—“¿Y qué haremos, entonces?” pregunté.

—“¿Qué crees tú?” dijo él. “Le haremos teñir los abrigos de algunos de esos soldados de un rojo más vivo que nunca el sastre.”

—“Pero están armados”, dije.

—“Y nosotros también lo estaremos, chico. Tenemos un par de pistolas para cada uno de nosotros, y si no podemos apoderarnos de

este barco, con la tripulación de nuestra parte, es hora de que todos seamos enviados a un internado de señoritas jóvenes. Habla esta noche con tu vecino de la izquierda y averigua si se le puede confiar.”

Lo hice, y descubrí que mi otro vecino era un joven en circunstancias similares a las mías, cuyo delito había sido la falsificación. Se llamaba Evans, pero luego cambió de nombre, al igual que yo, y hoy es un hombre rico y próspero en el sur de Inglaterra. Se mostró dispuesto a unirse a la conspiración, siendo el único medio para salvarnos, y antes de cruzar la Bahía solo quedaban dos prisioneros ajenos al secreto. Uno de ellos era de mente débil, y no nos atrevimos a confiar en él; el otro sufría de ictericia y no podía ser de utilidad.

Desde el principio, realmente no había nada que impidiese que tomáramos posesión del barco. La tripulación era un grupo de rufianes, seleccionados especialmente para el trabajo. El falso capellán entraba a nuestras celdas para exhortarnos, llevando una bolsa negra, que se suponía estaba llena de panfletos, y venía tan a menudo que al tercer día cada uno tuvimos, escondidos al pie de nuestras camas, una lima, un par de pistolas, una libra de pólvora y veinte perdigones. Dos de los vigilantes eran agentes de Prendergast, y el segundo oficial era su mano derecha. El capitán, los dos oficiales, dos vigilantes, el teniente Martin, sus dieciocho soldados y el doctor eran todo lo que teníamos en contra. Sin embargo, seguros como estábamos, decidimos no escatimar en precauciones, y planear nuestro ataque repentino por la noche. Llegó, no obstante, más rápido de lo que esperábamos, y de esta manera:

Una tarde, aproximadamente la tercera semana después de zarpar, el doctor bajó a ver a uno de los prisioneros que estaba enfermo, y al poner su mano en el fondo de su litera, palpó la silueta de unas pistolas. Si hubiera guardado silencio, quizás habría arruinado todo, pero era un chico nervioso, así que dio un grito de sorpresa y palideció tanto que el hombre supo enseguida lo que

pasaba y lo sujetó. Lo amordazaron antes de que pudiera dar la alarma y lo ataron a la cama. Había desbloqueado la puerta que conducía a la cubierta, y entramos a toda prisa. Los dos centinelas fueron abatidos, y también un cabo que salió corriendo a ver qué ocurría. Había otros dos soldados en la puerta del salón de estado, y sus mosquetes parecían no estar cargados, pues nunca dispararon contra nosotros; fueron abatidos mientras trataban de fijar sus bayonetas. Luego nos precipitábamos a la cabina del capitán, pero al empujar la puerta se produjo una explosión interna, y allí yacía él con su cerebro salpicado sobre la carta del Atlántico que estaba clavada en la mesa, mientras el capellán se situaba, con una pistola humeante en la mano al codo. Los dos oficiales habían sido apresados por la tripulación, y parecía que todo el asunto estaba resuelto.

El salón de estado fue el siguiente a la cabina, y nos amontonamos allí y caímos sobre los sofás, hablando todos juntos, ya que estábamos completamente embriagados de la sensación de haber recuperado la libertad. Había casilleros por doquier, y Wilson, el falso capellán, derribó uno de ellos y sacó una docena de jerez oscuro. Destapamos las botellas, vertimos el licor en vasos, y estábamos justo echándonoselos, cuando, de repente y sin aviso, se oyó el estruendo de mosquetes en nuestros oídos, y el salón se llenó de humo hasta que no se podía ver la otra orilla de la mesa. Cuando se despejó, el lugar estaba hecho un caos. Wilson y otros ocho se retorcían unos sobre otros en el suelo, y la sangre y el jerez oscuro sobre aquella mesa me enferman ahora al recordarlo. Estábamos tan espantados con la escena que creo que habríamos abandonado la empresa si no hubiera sido por Prendergast. Él bramó como un toro y se lanzó hacia la puerta con todos los que aún quedaban con vida a sus espaldas. Corrimos afuera, y allí, en la popa, estaban el teniente y diez de sus hombres. Las claraboyas oscilantes sobre la mesa del salón se habían dejado entreabiertas, y habían disparado contra nosotros por una rendija. Les alcanzamos antes de que pudieran recargar, y se defendieron como hombres; pero teníamos la ventaja, y en cinco minutos todo había terminado. ¡Dios mío! ¡Jamás

se vio un matadero como el de aquel barco! Prendergast era como un demonio furioso, y recogía a los soldados como si fueran niños, lanzándolos por la borda, vivos o muertos. Hubo un sargento que fue terriblemente herido y, sin embargo, siguió nadando durante un tiempo sorprendente, hasta que alguien, por compasión, le hizo explotar el cerebro. Cuando la lucha acabó, no quedó de nuestros enemigos nadie, salvo únicamente los vigilantes, los oficiales y el doctor.

—“Sobre ellos surgió la gran disputa. Hubo muchos de nosotros que, aunque felices de haber recuperado la libertad, no queríamos tener la sangre de la muerte en nuestras almas. Era una cosa derribar a los soldados con sus mosquetes en mano, y otra diferente ver cómo mataban a la gente a sangre fría. Ocho de nosotros, cinco convictos y tres marineros, dijimos que no lo permitiríamos. Pero Prendergast y sus secuaces no se dejaban mover. Nuestra única esperanza de salvación residía en hacer el asunto de manera limpia —dijo—, y no dejar a nadie con lengua capaz de acusarnos en un juicio. Casi acabamos compartiendo el mismo destino que los prisioneros, pero finalmente dijo que, si lo deseábamos, podríamos coger un bote e irnos. Saltamos ante la oferta, pues ya estábamos hartos de aquellas sedientas matanzas, y vimos que habría más antes de que terminara. Nos dieron un traje de marinero a cada uno, un barril de agua, dos toneles, uno de madera ajada y otro de galletas, y una brújula. Prendergast nos arrojó sobre una carta náutica, nos dijo que éramos marineros naufragados cuyo barco había naufragado en Lat. 15 grados y Long. 25 grados oeste, y luego cortó la vela y nos dejó ir.”

—“Y ahora, llego a la parte más sorprendente de mi relato, querido hijo. Los marineros habían llevado el bauprés hacia atrás durante la marea, pero al separarnos de ellos lo volvieron a colocar recto, y como soplabla una brisa leve del norte y del este, el bergantín empezó a alejarse lentamente de nosotros. Nuestro bote se mecían sobre las largas y lisas olas, y Evans y yo, siendo los más educados del grupo, estábamos sentados en las lonas, calculando nuestra posición y planeando a qué costa dirigirnos. Era una

cuestión interesante, ya que las islas de Cabo Verde estaban a unos quinientos millas al norte y la costa africana a unos setecientos al este. En conjunto, como el viento venía del norte, pensamos que Sierra Leona podría ser lo mejor, y giramos en esa dirección, siendo el bergantín en ese momento casi de proa a estribor. De repente, al mirarlo, vimos que una densa nube negra de humo se elevaba de él, colgando como un árbol monstruoso en el horizonte. Unos segundos después, un estruendo como el trueno estalló en nuestros oídos, y cuando el humo se disipó, no quedó rastro alguno de la Gloria Scott. En un instante, giramos la proa del bote de nuevo y tiramos con todas nuestras fuerzas hacia el lugar donde la bruma aún marcaba, sobre el agua, la escena de aquella catástrofe.

—“Nos llevó una larga hora llegar hasta allí, y al principio temimos haber llegado demasiado tarde para salvar a alguien. Un bote hecho jirones y varias cajas y fragmentos de botavara subiendo y bajando en las olas nos mostraron dónde había naufragado la nave; pero no había señales de vida, y estábamos a punto de desistir en la desesperación cuando oímos un grito de auxilio y vimos, a cierta distancia, un trozo de escombros con un hombre tendido sobre él. Al sacarlo al bote, resultó ser un joven marinero llamado Hudson, tan quemado y exhausto que no pudo explicarnos lo sucedido hasta la mañana siguiente.

—“Parecía que, después de habernos marchado, Prendergast y su banda habían procedido a ejecutar a los cinco prisioneros restantes. Los dos vigilantes fueron fusilados y arrojados por la borda, y lo mismo ocurrió con el tercer oficial. Prendergast descendió a los entrecubiertas y, con sus propias manos, degolló al infortunado cirujano. Solo quedó el primer oficial, un hombre audaz y activo. Cuando vio al convicto acercarse con el cuchillo ensangrentado en la mano, se zafó de sus ataduras, de las cuales, de alguna manera, había logrado aflojarlas, y, corriendo por la cubierta, se zambulló en la bodega de popa. Una docena de convictos, que bajaron con sus pistolas en busca de él, lo encontraron con una cajita de fósforos en la mano, sentado junto a un barril de pólvora —uno de los cien que había a bordo—, y jurando que volaría a todos si le molestaban de

alguna forma. Un instante después, ocurrió la explosión, aunque Hudson creyó que fue causada por la bala desviada de uno de los convictos, y no por el fósforo del primer oficial. Sea cual fuere la causa, supuso el fin de la Gloria Scott y de la chusma que la había tomado por mando.

—“Así, en pocas palabras, querido hijo, es la historia de ese terrible negocio en el que me vi envuelto. Al día siguiente fuimos recogidos por la goleta Hotspur, con rumbo a Australia, cuyo capitán no tuvo dificultad en creer que éramos los sobrevivientes de un barco de pasajeros naufragado. El transportista Gloria Scott fue declarado por la Armada como perdido en el mar, y nunca se supo nada de su verdadero destino. Tras un viaje excelente, la Hotspur nos desembarcó en Sídney, donde Evans y yo cambiamos de nombre y nos dirigimos a las minas, donde, entre las multitudes que se congregaban de todas las naciones, no tuvimos dificultad en perder nuestras antiguas identidades. El resto no hace falta que lo relate. Prosperamos, viajamos, regresamos a Inglaterra como ricos coloniales y compramos fincas. Durante más de veinte años llevamos vidas pacíficas y útiles, y pensamos que nuestro pasado había quedado enterrado para siempre. Imagina, entonces, mis sentimientos cuando en el marinero que vino a vernos reconocí de inmediato al hombre que había sido recogido del naufragio. De alguna manera me había rastreado, y se había propuesto vivir a expensas de nuestros temores. Ahora comprenderás cómo fue que luché por mantener la paz con él, y en cierta medida simpatizarás conmigo ante los temores que me invaden, ahora que ha pasado de mí a su otra víctima, portando amenazas en la lengua.”

Debajo, con una letra tan temblorosa que apenas se distinguía, estaba escrito: “Beddoes escribe en clave para decir que H. lo ha dicho todo. ¡Dulce Señor, ten piedad de nuestras almas!”

Ese fue el relato que le leí aquella noche al joven Trevor, y creo, Watson, que dadas las circunstancias fue muy dramático. El buen hombre quedó destrozado, y se marchó a la plantación de té en Terai, donde oigo que le va bien. En cuanto al marinero y a Beddoes,

ninguno se supo volver a ver después del día en que se escribió la carta de advertencia. Ambos desaparecieron por completo. No se interpuso ninguna denuncia ante la policía, de modo que Beddoes confundió una amenaza con una acción. Se vio a Hudson merodeando, y la policía creyó que había eliminado a Beddoes y huido. Por mi parte, creo que la verdad fue exactamente la opuesta. Me parece muy probable que Beddoes, llevado al extremo de la desesperación y creyéndose ya traicionado, se vengara de Hudson y huyera del país con todo el dinero que pudiera conseguir.

Esos son los hechos del caso, doctor, y si le son de alguna utilidad para su colección, estoy seguro de que le servirán de todo corazón.”

FIN

1. [La corbeta "Gloria Scott" - Arthur Conan Doyle](#)
2. [La corbeta "Gloria Scott"](#)

HITOS

1. [Portada](#)

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB